



EL
BESO
DE LA
REALEZA

L I N D S E Y D U G A

Lindsey Duga

El
BESO
DE LA
REALEZA

Traducción de Estíbaliz Montero

Plataforma
Editorial

neo 

Título original: *Kiss of the Royal*, publicado en inglés, en 2018, por Entangled Publishing, LLC

Copyright © 2018 by Lindsey Duga. This translation published by arrangement with Entangled Publishing, LLC, through RightsMix LLC. All rights reserved. The Publisher shall promptly secure any additional copyright protection that may be available in the Publisher's territory with respect to the Work.

Primera edición en esta colección: octubre de 2020

© de la traducción, Estíbaliz Montero, 2020

© de la presente edición: Plataforma Editorial, 2020

Plataforma Editorial

c/ Muntaner, 269, entlo. 1ª - 08021 Barcelona

Tel.: (+34) 93 494 79 99 - Fax: (+34) 93 419 23 14

www.plataformaeditorial.com

info@plataformaeditorial.com

ISBN: 978-84-17886-92-9

Diseño de cubierta: Ariadna Oliver

Fotocomposición: Grafime

Reservados todos los derechos. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

ÍNDICE

PRIMERA PARTE

Capítulo uno
Capítulo dos
Capítulo tres
Capítulo cuatro
Capítulo cinco
Capítulo seis
Capítulo siete
Capítulo ocho
Capítulo nueve
Capítulo diez
Capítulo once
Capítulo doce
Capítulo trece
Capítulo catorce
Capítulo quince
Capítulo dieciséis
Capítulo diecisiete

SEGUNDA PARTE

Capítulo dieciocho
Capítulo diecinueve
Capítulo veinte
Capítulo veintiuno
Capítulo veintidós
Capítulo veintitrés
Capítulo veinticuatro
Capítulo veinticinco
Capítulo veintiséis
Capítulo veintisiete
Capítulo veintiocho
Capítulo veintinueve
Capítulo treinta

Capítulo treinta y uno
Capítulo treinta y dos
Capítulo treinta y tres
Capítulo treinta y cuatro
Capítulo treinta y cinco
Capítulo treinta y seis

Epílogo

Agradecimientos

Para Mim y Pap

PRIMERA PARTE

LA PRINCESA Y EL HEREJE



«Y así, con el Beso sagrado de Myriana, el nacimiento de una nueva raza de mortales comenzó. Es por su poder y por el de su hermana, Saevalla, transmitido de generación en generación, que poseemos la única arma en la tierra para derrotar al poder de las Fuerzas de la Oscuridad.»

Fragmento de
El archivo histórico de la Legión Real

«Es con lógica y razón como lideramos los reinos en un mandato disciplinado. Hacemos perecer las emociones y derrotamos las dudas, pues son herramientas de herejes y grietas en nuestra armadura. Manteneos fuertes, Reales, porque somos la Legión, y conquistaremos la Oscuridad y veremos a la Reina Malvada enterrada por fin.»

Fragmento de
La reina Gardenia Myriana



CAPÍTULO UNO

EL REGRESO DE LA PATRULLA

Al séptimo día de agonía constante, deseé no haber matado ya al enano que me había lanzado aquella maldición inmovilizadora. Ansiaba la oportunidad de matarlo de nuevo. Más lentamente esa vez.

Sentada en la cama, estiré las pantorrillas a modo de prueba y el dolor salió disparado a través de ellas. *Santa Reina*. Aferré con fuerza las sábanas hasta que el dolor disminuyó, luego relajé las manos. Todavía me dolían una barbaridad. Pero sonreír a través del dolor significaba que podría escapar de la cama a la que me habían encadenado durante la última semana.

Por desgracia, Ulfia había sido mi enfermera durante el tiempo suficiente para ver a través de mi fachada.

Entrecerró los ojos y cruzó los brazos sobre su generoso pecho, mientras se elevaba sobre mí.

—¿Creéis que no sé cuándo estáis fingiendo? —me reprendió.

—*Tú* sabes que puedo apañármelas. He tenido una semana para recuperarme. Es tiempo *más* que suficiente.

Ulfia frunció el ceño, pero no discutió mi afirmación. Había pasado por cosas mucho peores que una maldición inmovilizadora con anterioridad, y mantenerme en la cama otro día más no iba a suponer ninguna diferencia. Necesitaba levantarme, moverme, entrenar, salir de aquella *maldita cama* y ser útil.

—*Yo* decidiré si estáis curada o no, princesa.

Cuando Ulfia intentó guiarme de vuelta a las almohadas, coloqué mis manos sobre las suyas y las aparté de mis hombros.

—Estoy en perfectas condiciones, lo juro. Podría dar vueltas corriendo con los reclutas hasta el anochecer.

—Oh, muy bien, princesa, bromead hasta morir, eso nos ayudará a ganar la guerra. —Ulfia se inclinó sobre mis piernas, sus suaves rizos grises caían en una cortina sobre su cara redonda, y comenzó a masajear mi pantorrilla derecha para hallar zonas en las que perdurara la maldición inmovilizadora.

Observé un punto en la pared, donde los depósitos minerales en las piedras habían creado un interesante patrón que se parecía a las alas de un hada, y apreté los dientes mientras Ulfia sondeaba sin piedad mis músculos.

Acababa de ponerme a mirar cómo las motas de polvo flotaban perezosamente a la luz del sol cuando dio con un punto en particular que me hizo sisear una maldición entre dientes.

Odiaba de verdad a los enanos. Y sus furtivas maldiciones.

Ulfia levantó la vista, alzó una ceja y me dirigió su característica mirada de «ya te lo dije». Si por ella fuera, ningún Real vería otra vez una batalla tras haberse hecho ni que fuera un cardenal.

—La patrulla llegará al castillo en cualquier momento —le dije—. Necesito un informe de Kellian antes de ir a los campos de entrenamiento.

Ya era bastante malo haber tenido que perderme la patrulla con mi compañero porque el Beso curativo estaba tardando más de una semana en hacer su trabajo, pero aquella patrulla en particular era fundamental para obtener nueva información sobre el enemigo. Después de que el reino oriental de Raed informara de una horda de duendes que lanzaba nuevas maldiciones, el Consejo había enviado una patrulla de emergencia para recopilar cualquier información sobre cómo se los podría derrotar.

Ulfia me dio un golpe suave en la pantorrilla. Una sensación como de agujas me pinchó la piel y me tensé involuntariamente, de modo que forcé un violento estremecimiento que me atravesó.

—Hoy no entrenaréis —dijo—. ¿No habéis oído nada de lo que he dicho, Ivy Myriana? Aún. No. Estáis. Recuperada. —

Me fue dando un golpecito en el pie con cada palabra.

Abrí la boca para protestar de nuevo cuando un paje que me resultaba familiar irrumpió por la puerta como si una bruja le pisara los talones.

—¡Princesa Ivy! ¡Se requiere vuestro Beso, para la patrulla, a las puertas del palacio!

Me puse de pie de inmediato, lo cual fue un error, porque me tambaleé y casi me caí sobre Ulfia. Por suerte, ella era un pájaro viejo y fuerte y me atrapó fácilmente por la cintura mientras chasqueaba la lengua con desaprobación.

Aunque me tenía agarrada con fuerza, traté de liberarme.

—Estoy de camino.

—De camino y una porra —espetó Ulfia—. Ven aquí, chico. —Le hizo un gesto para que ocupara su lugar—. La princesa todavía está recuperándose de una maldición inmovilizadora. Asegúrate de ser su apoyo mientras camina.

Bajo la atenta mirada de Ulfia, el paje corrió hacia mí y me agarró de la cintura con vacilación mientras me apoyaba en su hombro. Su cara pasó del blanco a un rojo feroz.

La triste luz del sol entraba a raudales a través de las vidrieras mientras recorríamos el pasillo hasta las salas de los sirvientes, que nos dejarían cerca de las puertas, con lo que evitaríamos el Salón de los Ancestros, la gran escalera y las puertas dobles, que pesaban una tonelada.

Eché un vistazo a la cara del paje otra vez y advertí las pecas esparcidas por sus mejillas, no muy diferentes de las

mías, y su nombre me vino a la mente. Había oído a mi propio paje, Bromley, llamar por su nombre a aquel chico antes.

—Desren, ¿te han dicho algo? ¿Quién necesita mi Beso?

El chico se sonrojó aún más, probablemente sorprendido de que supiera su nombre. Abrió la puerta de los sirvientes y me ayudó a pasar.

—Me temo que no conozco muchos detalles, princesa. Solo que la maldición es mala. El Beso de la princesa Tulia no ha funcionado.

Ante eso, tropecé, y Desren tuvo que sujetarme con más fuerza para evitar que cayera.

—¿*Qué?* Pero Tulia es una Real de sangre pura.

Apretó la mandíbula, pero no dijo nada.

Así que yo era su última esperanza. Puede que Tulia fuera pura, pero no era una descendiente directa como yo.

Los nervios subieron por mi cuerpo como mil burbujas que presionaran contra el corcho de una botella de alcohol después de agitarla. *Oh, divina Reina*, ¿los habían atacado con la misma maldición que habíamos ido a investigar? ¿Cómo de poderosa era?

Salimos a la brillante luz del sol, que se reflejaba en las piedras de color blanco y caramelo que decoraban el camino a las puertas de hierro intrincadamente entrelazadas. Más allá de esas puertas, la hermosa capital del reino de Myria se extendía a lo largo de kilómetros, con tiendas, casas y campanarios que creaban una extensión ondulante de piedra y techos de paja. Algunas estructuras

eran tan antiguas como el castillo, otras, tan recientes como el ataque enano de la semana anterior.

El cielo era de un azul brillante, con algunas nubes tenues que se movían lentamente de este a oeste siguiendo el camino del viento. Lo único que estropeaba tanta belleza era un remolino de manchas oscuras en la distancia. Por un momento las consideré tan solo una bandada de cuervos perseguidos por un granjero, pero las manchas revoloteaban, flotando, en lugar de dispersarse por el miedo.

—Desren, ¿qué crees que es eso? —Señalé las manchas oscuras.

—¿Os referís a los cuervos, princesa?

—No, no son... —Me detuve y tragué saliva. Eran arpías de gorrión: carroñeros de sangre parecidos a pájaros del tamaño de hadas, con alas oscuras y coriáceas. Sombras vivientes. Nunca se las veía a la luz del día o sin seguir a algún tipo de horda de monstruos para deleitarse con el rastro de cadáveres.

—Mi señora, la patrulla. —Desren tiró de mí hacia delante con suavidad, rumbo a las puertas.

Aparté los ojos de las arpías de gorrión mientras tomaba nota mental de mencionárselas al mago maestro más tarde. Su extraño comportamiento debía ser investigado.

Justo al otro lado de las puertas, la patrulla subía por la ligera pendiente del camino al castillo. Incluso desde mi posición distinguí la sangre y el fango que cubrían las armaduras de batalla de mis compañeros de armas. A

medida que se acercaban, los rasguños y las contusiones se hicieron visibles. Sus exhaustos rostros y sus cansados ojos evidenciaban su viaje nocturno de vuelta a Myria.

Mi mirada saltó de príncipe a princesa mientras buscaba la cara de mi compañero. Me libré del hombro de Desren y cojeé hacia ellos mientras traspasaban las puertas.

Tulia y Minnow, princesas de sangre pura en la Legión Real myriana, me vieron y desmontaron de sus caballos. Sus compañeros, Edric y Roland, hicieron lo mismo.

—Ivy —comenzó Tulia mientras intentaba alcanzar mi brazo, pero sus dedos tan solo me rozaron la manga cuando me metí entre las filas dispersas de la patrulla, agotadas por la batalla. Mientras dejaba atrás con dificultad a los exhaustos caballos, el polvo del camino se me atascó en la garganta y el olor a hierro de la sangre hizo que me picara la nariz. Mis piernas rígidas me gritaron que bajara la velocidad. Unas garras parecían rasgarme los músculos, pero a esas alturas no estaba segura de si eran los restos de la maldición inmovilizadora o el miedo frío y doloroso de la horrible verdad.

No podía verlo.

«No, otro no.»

Otro príncipe no. Otro compañero no.

Por fin encontré el corcel de Kellian. Pero su jinete no lo montaba. En vez de eso, el semental marrón tiraba de un carro que transportaba un cuerpo tendido sobre heno fresco y cubierto con una capa gris oscuro. Una capa de legionario. La capa de Kellian.

Tras reprimir un gemido, mis piernas débiles se rindieron y, justo antes de que el camino empedrado se acercara a mi encuentro, los brazos de Roland me envolvieron la cintura y me levantaron.

Después de mi conmoción inicial, un pequeño alivio se apoderó de mis hombros. Kellian estaba vivo, al menos. Maldito, sí, pero vivo. Incluso si le llevaba meses recuperarse, todavía podía salvarlo. *No* iba a pasar a mi sexto compañero en cuatro años.

—Si aún no estás recuperada —comenzó Roland, y su incipiente barba de cinco días me rozó la oreja—, no deberías probar el Beso.

Entendí la advertencia de Roland, pero no le presté atención. Había realizado docenas de Besos estando drenada y exhausta, y ni uno había sido más débil por ello. La magia que contenía mi Beso era increíblemente fuerte, a pesar de las secuelas de una estúpida maldición.

Mi mano se cerró con fuerza alrededor de su brazo. Sus protectores de cuero estaban cubiertas de mugre.

—Ya me he recuperado lo suficiente.

Aparté su brazo con suavidad y me enfrenté a la figura inmóvil del carro. Con una plegaria rápida, retiré la capa del rostro de Kellian. Su cabello castaño estaba cubierto de sangre seca, pero le habían limpiado la cara, probablemente Tulia o Minnow, y esta mostraba sus pómulos altos y la piel bañada por el sol. Era solo dos años menor que yo, pero tumbado allí, aparentemente dormido, tenía el aspecto de un niño. Con solo quince años, era el

príncipe más puro de Myria, el único con la suficiente Magia Real para igualar la mía.

—¿Cómo sucedió? —pregunté mientras me enderezaba y pasaba la mano sobre su cara. Su piel irradiaba frío. No cabía la menor duda, se trataba de una maldición de gran magnitud.

—La horda de duendes nos tendió una emboscada. Fue tal como habían dicho los exploradores de Raed: vinieron a por nosotros con magia que nunca antes habíamos visto. — La voz de Minnow, normalmente ligera, al igual que su apariencia suave y pequeña, sonaba baja y temblorosa—. Apenas tuvimos tiempo de administrar Besos de batalla a cualquiera de los príncipes.

—Es esa la razón...

—No —dijo Minnow rápidamente—. Les di uno tanto a Kellian como a Roland. Tu príncipe estaba protegido, aunque... mi magia no es tan fuerte como la tuya.

Como sabía que me perdería la patrulla por culpa del tiempo de curación del Beso para la maldición inmovilizadora, le había pedido a Minnow que se quedara con mi compañero. Si no podía estar allí, una princesa de sangre pura era lo mejor que la Legión podía ofrecer. Minnow era fuerte y capaz, pero, si yo hubiera estado allí, si Kellian hubiera usado *mi* Beso, ahora estaría agotado, pero despierto. No solo porque los Besos del compañero asignado eran más fuertes por la bendición de la Reina Santa, sino porque *mis* Besos eran los mejores. Pero, debido a nuestros números menguantes, se necesitaban a

todos los Reales capaces en patrulla, independientemente de si tenían a su compañero con ellos. Como el rey Randolph me había recordado al solicitar que Kellian fuera eliminado de la patrulla mientras yo estaba indispuesta, había otras princesas perfectamente capaces de otorgar un Beso, y cualquier Beso Real era mejor que ningún Beso.

«Esta vez no, rey Randolph.»

—Entonces... —Miré a Minnow y Roland—. ¿Ha sido la nueva maldición? ¿Cómo es?

—Te lo puedo enseñar. —Minnow extendió dos dedos y los acercó a mi frente.

Estuve a punto de alejarme. No quería que los recuerdos de Minnow se volviesen míos y se uniesen al resto de las pesadillas en las que mis compañeros caían con ojos sin vida y sangre que goteaba de sus labios. Pero tenía que ver esa nueva y misteriosa maldición. Tenía que descubrir a qué se enfrentaba mi Beso.

Asentí y cerré los ojos. Minnow me tocó la frente con los dedos y susurró las palabras de recuerdos compartidos.

—*Don'na illye min'na.*

Mi mente se nubló y apareció un bosque brillante, las formas y las manchas borrosas en el límite de los recuerdos de Minnow. Pero lo que ella quería que yo viera estaba asombrosamente claro: Kellian, cuyo cuerpo brillaba con las llamas de color cobalto de la magia de batalla, enzarzado en una pelea con un duende. Kellian hizo oscilar su espada, cortó la cara del duende y le rasgó un ojo, lo que le dejó un tajo crudo y sangriento. Con un chillido y

palabras confusas, el duende comenzó a lanzar una maldición. Justo cuando soltaba la maldición, un vibrante relámpago esmeralda que surgió a través del chasqueo de los largos y espinosos dedos del duende, Kellian lo apuñaló en el pecho. El duende se disolvió en humo, el suelo se incendió con llamas verdes. Su maldición se aferró a la espada de Kellian, se arrastró sobre el metal y llegó a la empuñadura. El rayo verde bailaba sobre sus manos y subía por sus brazos, luego se apoderó de todo su cuerpo y lo sacudió como a una marioneta. La magia de batalla azul que había rodeado a Kellian parpadeó y murió mientras él se estrellaba contra el suelo.

Me alejé de las yemas de los dedos de Minnow. Tanto poder... ¿Una maldición que existía incluso después de la muerte del monstruo? Me incliné sobre mi príncipe y sentí el frío salir de él en oleadas. El tiempo se estaba acabando.

Yo era su única esperanza. La sangre de la gran reina Myriana era su única esperanza. La sangre que corría por mis venas. *Mi* única esperanza. «No perderé a otro compañero ante las Fuerzas de la Oscuridad. No puedo soportar esa vergüenza de nuevo. Ese dolor...»

Me incliné más cerca, mis labios se cernieron sobre los suyos.

«Te salvaré, amigo mío.»

Con una rápida plegaria a mi antepasada, la diosa viviente, la primera Reina (*Oh, Reina Santa, préstame tu fuerza*), preparé las palabras para hechizos más fuertes de mi arsenal para aquel Beso de recuperación.

«Illye Donia.»

Las palabras reverberaron en mi mente cuando presioné mis labios contra los suyos. Incluso en su estado comatoso, la magia Real del interior de Kellian se lanzó hacia delante y reaccionó a la mía. Como el pedernal que golpea el acero, las dos chispas crearon una llama que se alimentó de las palabras del hechizo. La magia me drenó y se introdujo en Kellian, y yo casi me derrumbé. Aturdida, me apoyé en el carro el tiempo suficiente para ver cómo el polvo plateado cubría a Kellian... y luego desaparecía como la niebla después de una fuerte lluvia.

Contemplé con incredulidad el cuerpo inmóvil de Kellian, sin escuchar apenas los susurros sorprendidos detrás de mí.

Mi Beso había fallado.



CAPÍTULO DOS

IGNORANDO EL DOLOR

Me desplomé, mi espalda se deslizó por la pared del carro y mi túnica se enganchó en las astillas. Casi tan pronto como mis piernas tocaron el camino empedrado, Roland me tenía otra vez en pie.

Sus manos agarraron mis brazos lo suficientemente fuerte para sacarme de mi sorpresa.

—Estoy bien —dije rápidamente, pero me negué a mirarlo a los ojos—. Mis piernas todavía están un poco rígidas, eso es todo. —Me aclaré la garganta—. Necesito que alguien me dé un informe completo sobre la patrulla y esta nueva maldición. Y luego...

Con dedos callosos, Roland inclinó mi barbilla hacia arriba para obligarme a mirar sus ojos oscuros y su rostro

igualmente oscuro.

—Ve a descansar, Ivy. Nosotros nos encargaremos de él.

Encargarse de él. Se refería a llevarlo a la Sala de Maldiciones para que durmiera el resto de sus días hasta que su cuerpo envejeciera y se convirtiera en polvo.

Tras alejarme de Roland, busqué en la cara, el cuello y los brazos de Kellian para que la menor contracción demostrara que mi Beso estaba funcionando. Por último, mi mirada aterrizó en el dorso de su mano. La marca de Myriana, *mi* marca, un blasón adornado con acebo y hiedra enroscados juntos en una corona, rodeaba el dorso de su mano y viajaba por su muñeca hasta la base de su palma. La marca parecía quemada y difuminada, ya no tenía las líneas claras y definidas que había tenido una vez.

La marca de Kellian residía en el dorso de mi propia mano. El blasón de la Casa Real de Elhein era la garra de un león de montaña con dos espadas cruzadas. Ahora también parecía desvaído y desgastado.

Aferré su mano, cubrí la marca y la apreté. No hubo respuesta.

—Por favor, despierta, Kellian —murmuré.

—¿Qué? —preguntó Roland.

Solté la mano de Kellian.

—Como he dicho, necesitare un informe completo de esta nueva magia oscura. —Al evocar los recuerdos de Minnow del misterioso rayo verde, mi frenética mente saltó de un pensamiento al siguiente. Si hubiera estado allí, ¿habría podido administrarle a Kellian un Beso que hubiera podido

derrotar esa maldición? Minnow no era su compañera, ella no llevaba su marca como lo hacía yo y, por lo tanto, no podía darle Besos de contramaldición, solo los simples, como Besos de magia de batalla o Besos curativos. ¿Era eso, entonces? ¿Simplemente llegaba tarde, o esa maldición era sencillamente demasiado poderosa incluso para la gran magia de Myriana? La idea hizo que se me retorcieran las tripas.

—Y tendrás ese informe —dijo Minnow, que alcanzó mis manos con su gentileza habitual—, pero no hasta después de que descanses.

Casi no dejé que me tocara, no quería que nadie intentara consolarme cuando no necesitaba consuelo, tan solo una explicación.

Pero, al ver a mis compañeros de armas exhaustos por la batalla, supe que ese no era el momento. Allí estaban, preocupándose por mí, cuando eran *ellos* los que necesitaban dormir.

Así que dejé que Minnow me agarrara del brazo. La imagen del cuerpo de Kellian temblando a causa de un rayo verde se reproducía una y otra vez en mi cabeza mientras nos dirigíamos al Salón de los Ancestros detrás de la patrulla. El sonido de los pasos reverberantes de todos y el parloteo en susurros me sacó de mi trance.

—Creo que prefiero quedarme fuera. He estado en la enfermería demasiado tiempo —dije, e imprimí con esfuerzo algo de fuerza en mi voz. Aunque mis piernas todavía estaban doloridas y rígidas, necesitaba un rato a

solas. Para detener la afluencia de pensamientos venenosos que ya se filtraban en mi subconsciente: «Soy un fracaso, he perdido a otro compañero porque soy demasiado débil, no puedo defender el linaje de Myriana». Esos pensamientos siempre venían a mí con la misma voz, una que me perseguía desde la infancia.

Los aparté y le di a la mano de Minnow un apretón tranquilizador.

—Me alegra que hayas vuelto a salvo.

Minnow todavía me miraba con preocupación, sus ojos celestes brillaban con lágrimas no derramadas.

No podía dejar que pensara que el estado de Kellian era culpa suya. Esa era una carga que debía soportar yo.

—Lo has hecho lo mejor que has podido. Gracias por cuidar de él.

Ella pestañeó para retener las lágrimas.

—Ivy...

—Eres tú quien necesita descansar. —Señalé con la cabeza a los otros Reales, que ya iban rumbo a sus habitaciones—. Parece que estás a punto de derrumbarte. Infórmame de lo que pudisteis descubrir en la patrulla después de haber dormido.

Minnow me dio un abrazo rápido y luego se alejó, sus pasos resonaron en el enorme salón. Contemplé el alto techo por un momento, mientras buscaba refugiarme de mis pensamientos. Los arcos de mármol del Salón de los Ancestros se expandían y unían en el centro, como dos lados de un arcoíris que se unieran en perfecto unísono. Me

tranquilizó admirar las detalladas estatuas de príncipes y princesas de mármol blanco perlado que luchaban contra dragones y grifos, de magos enfrascados en duelos contra brujas y hechiceros. Se decía que las historias de todos los Reales del pasado estaban representadas allí.

¿Acabarían mis historias allí también algún día?

El sentimiento de serenidad no duró. Pronto aquellas esculturas sin rostro se burlaron de mí. «Fracasada. Inútil. Tu servicio en la Legión ha terminado. La guerra contra las Fuerzas de la Oscuridad continuará sin ti.»

Tenía que salir de allí.

Me apresuré a atravesar el salón y me detuve en los escalones que conducían a las puertas. El muro se alzaba sobre la capital del reino de Myria, que rodeaba la ciudad de abajo con sus pasarelas adoquinadas y los hogares de nuestros súbditos.

Sus vidas quedaron expuestas ante mí. Vidas que había jurado proteger.

Con ese peso sobre mis hombros, bajé los escalones tan rápido como me lo permitieron mis doloridas piernas. Me deslicé a través de los huecos entre los manzanos en flor, sus pétalos blancos revoloteaban al viento, llevando el aroma que siempre me recordaba a tartas de manzana especiadas con miel, y me dirigí a los campos de entrenamiento. Después de una semana de inactividad, mis músculos anhelaban trabajar. Y mi alma ansiaba demostrar que yo no era totalmente inútil.

Mi corazón sangraba por Kellian. La imagen de él en el carro, su rostro marcado con rastros de sangre y mugre, me perseguiría siempre. Hasta que mi propia capa de legionaria cubriera mi cadáver sin vida. Había sido tan fuerte, valiente y *bueno*... En cierto modo, sentía que la de ese carro debería haber sido yo y no él. Él había confiado en mí para protegerlo. Para *salvarlo*. Pero, en lugar de eso, le había fallado.

Y ahora estaba sin compañero. De nuevo. Sin un príncipe, estaba condenada a pasar mis días en el campo de entrenamiento o en mis aposentos, estudiando hechizos para mis Besos, pero sin tener nunca la oportunidad de usarlos. Recé para que no sucediera, para que el Consejo Real me encontrara a otro príncipe, para que pudiera continuar luchando en los campos de batalla. El lugar al que pertenecía.

Me detuve frente a una cerca baja construida con madera de brucel y clavos de cobre y pasé por encima con cautela, y usé un árbol jerr cercano para estabilizarme. Por fin llegué al margen de los campos de entrenamiento y distinguí a los jóvenes reclutas, príncipes y princesas, luchando. Un segundo grupo estaba corriendo en círculos y un tercero estaba practicando el tiro con arco. Una brisa se paseaba por el terreno y agitaba la hierba en ondas de color esmeralda.

Las piernas ya me dolían por mi corto recorrido. Traté de ocultar mi cojera mientras me dirigía al grupo de combate. Los chicos se enfrentaban a otros chicos, mientras que las

chicas practicaban movimientos defensivos usando escudos. Como siempre. Más tarde, las princesas serían llevadas a un lado para practicar con un arma de largo alcance de su elección, como arcos largos, ballestas o cuchillos arrojados. Como *solo* las princesas tenían la habilidad de lanzar hechizos después del Beso, a cada una de nosotras nos asignaban un príncipe que pudiera recibir el hechizo y luchar con una fuerza aumentada por la magia. Según los sacerdotes, el poder de una mujer Real para lanzar hechizos provenía de la reina Myriana, ya que había sido *su* Beso lo que había salvado al rey Raed. Por lo tanto, teníamos que estar bien protegidas y prepararnos aprendiendo hechizos, movimientos defensivos y a manejar armas de largo alcance en lugar de practicar el combate cuerpo a cuerpo.

Aun así, había princesas que practicaban la esgrima implacablemente, simplemente porque no les gustaba quedarse dentro de un círculo protector *Illye*, lejos del calor y la emoción de la batalla. Princesas como yo.

Yo *quería* pelear junto a mi compañero, compartir el sudor y el miedo a un trol que empuñara una maza salpicada de sangre. Aunque entendía que era para mantenerme a salvo, era frustrante quedarse detrás de un círculo *Illye* mientras mis compañeros estaban ahí fuera arriesgándolo todo.

Me dirigí hacia las chicas y le arranqué el escudo a una a la que le había enseñado Besos curativos el mes anterior. No recordaba su nombre, pero sí su cara delgada y su

cabello negro como la noche. Le di la vuelta al escudo para que quedara plano contra mi antebrazo y pasé mis dedos sobre el afilado filo metálico.

—Sujétalo así. Recuerda, tu escudo también puede ser un arma. Usa el borde para infligir cualquier daño que puedas. En cuanto dejas de pelear, admites que estás lista para morir.

La chica asintió y recuperó su escudo cuando se lo entregué. Había círculos oscuros debajo de sus ojos y su cuello y sus mejillas estaban resbaladizas por el sudor, pero su ceño fruncido destacaba más. Estaba decidida a aprender más, no solo cómo esconderse detrás de la madera y el metal. En ella vi a una versión más joven de mí misma. Después de ver a mi primer compañero caer con un hacha en el cuello, había jurado que no me encogería simplemente detrás de un escudo, mágico o de madera, cuando podría haber estado allí con él.

Cuando podría haber estado allí con Kellian.

Me aparté de las chicas y me dirigí hacia los chicos, que practicaban con sus espadas de madera. Cuando el príncipe más cercano tropezó después de un ataque particularmente cruel de su compañero, lo sujeté del hombro para estabilizarlo. Levantó la vista, sus ojos se abrieron de par en par por la sorpresa.

—¿Puedo intervenir? —pregunté.

Parpadeó y luego dejó caer la espada en mi mano extendida.

Su compañero de entrenamiento tragó, su nuez se balanceó bajo su cuello.

—¿Princesa Ivy?

—La misma. —Deslicé el arma por el aire en un mandoble de práctica y me puse delante del chico cuya espada había tomado—. Soy tu nueva oponente.

—No creo que sea...

Flexioné las rodillas y me lancé hacia delante para atacar. El joven príncipe solo logró detener mi ataque y saltar hacia atrás. Avancé mientras movía mi espada con una ferocidad que hizo que unos pocos observadores jadearan. Dejaron sus propias peleas y formaron un círculo a nuestro alrededor.

Mis músculos zumbaron de satisfacción. Por fin algo de acción.

Con cada giro y finta, el príncipe se desquiciaba más, desesperado por salvar su dignidad.

Ataqué desde arriba. Él me esquivó y luego apuntó a mis rodillas. Un movimiento de novato. Lo rodeé y su espada de madera falló por centímetros. Un simple codazo en la parte posterior de la cabeza lo hizo caer sobre su estómago.

—Descuidado —dije, la punta de mi espada ahora en mitad de su espalda—. Céntrate en tu defensa. No puedes atacar si estás muerto.

Algunas de las chicas dejaron caer sus escudos y aplaudieron con entusiasmo mientras los chicos se unían a regañadientes.